

que Dios nos libre; yo perdía la esperanza de verle sano; pero esta bendita Silveria, que es más buena que el buen pan, me decía: «Le hemos de ver levantado como usted y yo; se ha de poner en pie y de dar mucha guerra»... ¿Qué tal? ¿Verdad que le tiene ley? Y hasta le asentó la cama, amigo: está gordo y ha echado unas barbitas que dan gusto.

Pancho se tocó la pelambreira que le brotaba por el rostro, y aunque para él no era una revelación la existencia de aquellas patillitas catalanas, pues ya las había advertido desde que pudo darse cuenta de las cosas de este mundo, se sintió lisonjeado de que un extraño las notara.

— Conque ahora á descansar, terminó Visoso, y póngase listo muy pronto para que hablemos de sus cosas.

Aquella noche durmieron bajo el mismo techo el asombrado comandante y su inverosímil salvador, que por cierto roncaba con las cien mil voces de un orquestrión gigante. Pancho no pegó los ojos pensando en lo que había oído, en su milagrosa liberación, en la suerte que le aguardaba y en el conflicto en que se hallaría cuando Visoso le ordenara ir á combatir á Porfirio.

— ¡No lo haré; por Dios que no lo haré! Tengo obligaciones con este hombre, pero mayores las tengo con mi jefe, y no es cosa de ir ahora á voltear chaqueta. Y

luego, que aquello me nace, mientras que esto me choca más que mis pecados.

Y como contestando á aquellos monólogos del buen Olivos, se oía el roncar de Visoso, que simulaba ora el ronroneo de un gato, ora el glu-glu del agua al entrar por una coladera, ya el susurro del viento entre las cañas, ya, sobre todo, el rezo de un grupo de fieles en la iglesia. Cuando el comandante se aletargaba un poco oía con toda claridad: «*ora pro nobis, ora pro nobis*».

Antes del alba Visoso estaba ya en pie: se puso chivarras y espuelas, se caló el sombrero, se tapó un jorongo y salió andando poco á poco.

El convaleciente acababa de conciliar el sueño, mas al oír el tintineo de las espuelas de Visoso se despabiló y dió los buenos días al coronel.

— Mejores los tenga usted, amigo. ¿Qué tal se descansó?

— Poco, señor.

— ¿A qué le desvelé con mis ronquidos? ¿No le digo...? ¡Si soy de lo que no hay en el mundo! Cuentan que dizque ronco de tres maneras: de sorbete, de chifido y de mascarada; pero nadie llega á perder el sueño por esas cosas; sólo usted, que ha de tener la cabeza como olla rajada, se ha de haber pasado la noche en blanco... Y á propósito, amigo, no se me salga mucho, que en cualquier rato, por angas ó por mangas, llega una partidita, me le da un

susto y usted no está en condiciones de resistir. Hasta luego.

Y salió cerrando de golpe la puerta.

Todavía oyó Pancho la salida de los pencos, los encargos á Silveria, el cacarear de un gallo, la canturía de unos labradores que iban al trabajo, y al fin se durmió con un sueño pesado y benéfico.

\*  
\* \*

Visoso tardó en volver cuatro días con sus noches; al quinto día llegó con tres jinetes que se aposentaron dentro de la capilla. El grueso de la fuerza había quedado en una ranchería cercana y debía llegar á recoger al jefe no bien amaneciera.

Aquella vez vino rodada la conversación acerca de Porfirio y sus hazañas.

— No tiene duda, exclamó Visoso convencido; á ése le cuelgan ó hace lo que tiene pensado. ¡Caramba, hombre, qué tesón! Se ha propuesto ser juarista, y juarista ha de ser aunque le cueste el pellejo.

Pancho, que recordaba lo que le había dicho don Jesús, que Díaz no se saldría con la suya, se quedó mirándole fijamente aguardando la explicación de tales cosas.

— El mundo es de los caprichudos, dijo convencido Visoso; ¡quién sabe qué veamos hacer todavía á este sujeto

si antes no le cortamos el resuello! Y dígame: ¿qué clase de persona es Porfirio?

Allí fué el soltar Pancho la espita de la elocuencia, alabando de su jefe el valor indómito, la serenidad ante los peligros, la suprema habilidad para granjearse los ánimos de todos, su noble desinterés, su bizarría, su fidelidad para los amigos, su patriotismo sin tasa y todas las cualidades que el cariñoso subalterno estaba seguro tenía su general.

— ¡Vaya, hombre, vaya! exclamó el gavillero: dicen que de dinero y amistad, la mitad de la mitad; pues ahora digo yo que de valor y de grandeza, la mitad de la cuarta parte.

— No, señor coronel, repuso mosqueado Francisco. La mitad de la mitad es lo que yo digo, puede creérmelo: no se conoce todavía á mi jefe; todavía no se sabe lo que vale.

— No han de decir lo mismo los pueblos á quien imponga préstamos, tasajo.

— A ninguno se lo ha impuesto.

— Entonces, ¿cómo ha hecho capital?

— No tiene propio un centavo.

— ¿Y cómo mantiene á sus tropas?

— Con dinero.

— ¿Y de dónde lo coge?

— Lo obtiene prestado.

— ¿Y paga?

— Claro que sí.

— ¿Y sus soldados le quieren?

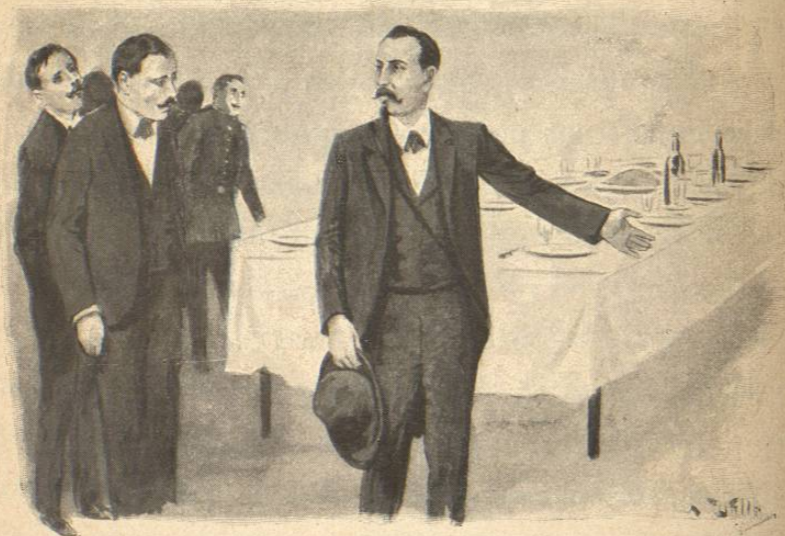
— Como á un Dios. Voy á referirle á usted algo que le dará idea de por qué los soldados adoran al jefe y por qué tienen por él esa veneración que hace que si ordena lo más extravagante, le obedezcan sin replicar. Andábamos por Oaxaca, traspasados de necesidad, muertos de frío, sin dinero y sin esperanzas de obtenerle. Llegamos á una hacienda cuyo nombre no recuerdo, y el dueño, que era amigo, salió á recibirnos con cumplidos y agasajos que enternecían: arcos de flores en los corredores, música en el patio, muchachas bonitas que nos llenaban de atenciones; era para volverse loco de contento... Pero lo que nos encantó más que las flores, y las dianas y las chicas, fué una mesa que divisamos puesta en el fondo de un salón largo como una nave de iglesia... Allí estaban los pavos con sus picos dorados, tendidos sobre lechos de manteca, con orlas de lechugas y rábanos; allí estaban los tiernos elotes mostrando sus granos como dientecitos de doncella; allí las jarras de *jocoqui* espeso y delicado; allí las mantequillas suaves y ostentando aún las huellas de la hoja de maíz que las envolvía; allí las compoteras dejando traslucir los membrillos y duraznos en dulce; allí la infinita variedad de guisos rancheros, incitantes y sabrosos, devorados antes con la vista y con el olfato que con los dien-

tes y el paladar... «Señor general, dijo el viejo hacendado acercándose á Porfirio, ¿qué, no me hace usted el favor de pasar á tomar un taco en compañía de sus oficiales?»

Hizo el jefe como que no había oído aquello, y cuando el excelente ranchero repitió la invitación, dió las gracias excusándose cortésmente. El anfitrión no sabía qué hacer ni á qué carta quedarse: por un lado veía el ademán serio y seguro de Porfirio, y por otro notaba el gesto de estupefacción de todos sus acompañantes, que hacía más de veinticuatro horas que no probábamos bocado y más de veinticuatro meses que no recordábamos ni el sabor de aquellos potajes exquisitos... «Pero señor»... dijo asustado el buen viejo, «Tenemos que salir á toda prisa», replicó Porfirio excusándose... «Se lo llevan ustedes en las cantinas»... «Muchas gracias, muchas gracias»... Ibamos á marcharnos sin chistar, cuando uno de los compañeros, que tiene gran confianza con el general, le dijo al hacendado: «Pues yo sí acepto algo para bastimento, don Martín»... Porfirio se le quedó mirando, y con voz á un tiempo de reproche y de queja, le dijo: «¿Y te atreves á comer estas cosas exquisitas mientras nuestros pobres soldados están muriéndose de hambre? Yo no lo haré nunca»... Todos quedamos suspensos al oír aquello, pero no tanto como el anfitrión, que dijo en son de reproche: «¿Y no lo decía usted, señor general! ¿Cuánto necesita

usted?»... «Dos mil pesos», contestó el jefe á toda prisa. «En este momento se los llevan á su pagador, señor general»... «Pues así ya se puede comer», contestó éste. Y nos sentamos á la mesa para meter en casa aquel buen día que nos proporcionaba la suerte...

Pancho conoció que habían labrado grandemente



aquellas cosas en el ánimo de Visoso, y siguió refiriéndole rasgos que dejaron al otro suspenso y cariacontecido además.

— ¡Pero, hombre, eso no es un soldado; es un fraile francisco! El que se proponga hacer esas cosas, se muere de hambre, tasajo.

— Pues á él nada le falta.

— Se necesita suerte especial.

Ocho noches consecutivas estuvo puntual Visoso en el alojamiento-prisión de Pancho, y ni una sola dejó de pedirle nuevos datos sobre la vida y milagros del jefe de Oriente. El comandante, que cuando tocaba aquel tópico era inagotable, dedicaba esta conferencia á la humanidad de Porfirio, aquélla á su astucia, la otra á su desprendimiento, la de más allá á su talento organizador, como como suele el panegirista de un santo milagroso dedicar sendos sermones á elogiar á su favorito por cada una de las virtudes que poseyó.

— Haya cosa, dijo un día Visoso entre burlón y sorprendido; pues hay que conocer á ese primor.

— Pues de usted depende, coronel, dijo Pancho tomando la ocasión por los cabellos. Váyase usted al lado del general y será bien recibido.

— Pero ¿está usted loco, tasajo? Bueno sería que después de las zurras que don Porfirio me ha dado, fuera á pedirle las de arriba y á ponerme á sus órdenes. ¡Eso no lo hace Jesús Visoso, tasajo!... Palabra de honor.

— Pero, señor, si...

— ¡Qué señor, ni qué señor! No lo hago.

Pero Olivos, que aunque muchacho comprendía que lo que Visoso deseaba era *hacerlo*, con tal que el amor propio quedara á salvo, insistió suavemente sin que el otro se trepara á las nubes ni se diera por ofendido. Una

noche llegó mohino y melancólico, y Pancho lo conoció en que no soltó á la entrada el *tasajo*, que era como su leit motiv: después se desquitó, pues no dejó un punto de esmaltar la conversación con el voquible, al grado que aquélla parecía más bien un patio de hacienda cuando hay res desbarrancada que arreglo entre personas que tratan de sus cosas.

— ¿Qué le parece? Me han fastidiado... ¡Ni esto es gratitud, ni esto es gobierno, ni esto es nada!... ¡Tasajo con el imperio!... Después de soportar soles, hambres, cansancios, mojaduras y porrazos en las espaldas, ahora me ordenan que... que... ¿qué le parece que me ordenan? Pues que me presente en Puebla para que me juzguen por las derrotas que me ha dado Porfirio, *tasajo*!... ¿Yo qué culpa tengo de que su jefe de usted tenga más alma, ó más tompeates, ó más suerte que yo?

— ¿Y qué piensa usted hacer?

— Pues presentarme, hombre.

— ¿Y yo?

— Usted se larga por donde vino.

— Yo quisiera que usted se viniera conmigo.

— ¡Bonito sería eso de irme á presentar: «aquí estoy porque allá no me quisieron!»

— No diría usted eso: diría: «aquí estoy porque allá me trataron con injusticia.»

— ¿Y me lo creen?

— Claro que sí: yo salgo garante de ello.

Quedóse pensativo el cuerudo, y luego dijo como hablando solo:

— Pues no piense, buenas ganas me dan de pegarles ese chasco.

— Pues á pegarlo, señor.

— ¿Y si luego Porfirio dice que no?

— Yo respondo de que dirá que sí.

— Vamos haciendo la tiente.

— Mañana mismo.

— Bueno; pero ¿no irá á salirse el mondongo con una andada á caballo?

— Estoy peor que nuevo.

— Pues mañana se marcha usted y yo le espero en Puebla.

— ¿En Puebla?

— Sí, hombre, hay que hacerles creer que voy rendido á sus mandatos.

Durmieron en paz de Dios, se levantaron antes que clareara el alba, y en la puerta de la iglesia se dieron desde á caballo, un largo y apretado abrazo con sus palmadas correspondientes. Pancho se había despedido previamente de la bonísima Silveria y la había dado las gracias por sus desinteresados servicios. Al bajar una barranca que quedaba como á legua y media del lugar,

vió el comandante el caballo colorado y la cotona de gamuza de Visoso, que iba ascendiendo una eminencia, alumbrados y recortados por la luz del sol naciente. Más tarde subieron los tres jinetes que le acompañaban. Luego se internó Olivos en los vericuetos de la barranca y siguió el camino que le llevaría á encontrar á su jefe.



## CAPÍTULO VIII

## La promesa de Visoso

**F**OGRO Pancho reunirse con Porfirio en Chalcatongo. Diluviaba; el monte estaba como untado de un jabón deleznable que cedía al paso de las cabalgaduras, y los árboles lloraban lagrimones que se metían por entre la camisa y el pellejo del muchacho causándole la impresión del acero que desgarraba las carnes.

Al llegar Olivos, mandó anunciarle al jefe que allí estaba un viejo subordinado suyo que quería darle un mensaje de persona á quien Porfirio estimaba; y tal cosa hizo que sin tardar recibiera el caudillo al comandante en su alojamiento. El pobre Olivos iba nervioso y sin habla, sudando á ratos y á ratos sintiendo frío de quartana. ¿Qué le diría su jefe? ¿Qué le diría él? ¿Cómo iría á recibirle?